

Mujer y decisión. Una perspectiva familiar*

Rasia Friedler**

Existen muchas formas de enlazar los términos: *mujer*, *familia* y *decisión*. ¿Qué necesitamos saber las mujeres sobre nosotras mismas? Preguntaba Delmira Agustini: “¿No habéis sentido nunca el extraño dolor de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida, devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?” ¿Qué palabras necesitamos encontrar o decir para afirmar y ampliar nuestra libertad de decisión? ¿Cuál es la cuota de libertad que cada mujer tiene y obtiene dentro de su familia para tomar decisiones, recuperando y respetando las diferencias y singularidades?

Palabras como *mujer* y *familia* son vivencias incorporadas a nuestra sensibilidad, más que ideas hilvanadas racionalmente. Parecería tratarse de una cuestión de climas y matices más que de hechos concretos. Escribir supone hacer un paréntesis en el fragor de la vida diaria para revisar las certezas e incertidumbres propias; reescribir o reinscribir algo en la historia, interrogar nuestras propias formas de callar y decidir, nuestros códigos habituales, nuestras aspiraciones, prohibiciones, libertades y sujeciones.

Cuando se trata de una decisión familiar, no podemos pensar en la participación de la mujer de forma aislada. Precisar el efecto de algunas decisiones femeninas sobre otros miembros de su familia remite a una necesidad de integrar lo individual, lo vincular y lo social.

* Publicado en *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núms. 14-15, Familia: pasiones y mitos, junio-diciembre, 1999, pp. 107-123.

** Psicoanalista vincular. Directora de la revista de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP). Directora del proyecto Salud Arte. Corresponsal de la revista *Topía de Psicoanálisis, Sociedad y Cultura*. Co-coordinadora del *Diccionario de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*. Miembro fundador y exdirectora de la revista *Tramas* de la Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares (AUPCV).

Al pensar el tema surgen múltiples interrogantes: ¿Cómo captar la especificidad de la participación femenina en la vida familiar ante la enorme diversidad de mujeres y de familias? ¿Cómo juega el creciente protagonismo social de las mujeres sobre su poder de decisión dentro de las nuevas formas de organización familiar? ¿Cómo son vistas las decisiones referidas a la participación familiar de las mujeres por una sociedad que aún tiende a explicar sus actitudes en función de una doxa patriarcal? ¿Cómo se piensa y construye la identidad de las mujeres en familias donde predomina uno de los géneros? ¿Existen capacidades y dificultades específicas de las mujeres en la toma de decisión en el ámbito familiar?

Estos son algunos caminos, atajos y meandros posibles para ir cercando una temática compleja desde una mirada femenina interesada en el género y los procesos familiares. No podemos arribar a conclusiones sobre decisiones de mujeres de un modo ahistórico y generalizable. Definir ciertos rasgos “femeninos” puede ser una forma de perpetuar mitos sociales que subyacen a condiciones opresivas para el género. Creo, en cambio, que es necesario interrogarse acerca de las condiciones de producción de las discursividades sobre las mujeres, develar los presupuestos ideológicos que subyacen a la dicotomía masculino-femenino, sacudir un orden simbólico restrictivo hacia los géneros.

Suele ser una réplica frecuente a los reclamos feministas sobre la distribución desigual del poder entre los géneros que el predominio masculino sólo es aparente, ya que en realidad, éstos acaban realizando lo que las mujeres quieren. Se dice que la mujer siempre se las ha ingeniado para conducir al hombre de una forma sutil hacia lo que ella ha querido.

Históricamente ha existido cierto mandato cultural que reserva para las mujeres aquello que los hombres descartan para sí mismos. Igualmente, ha imperado una expectativa social de que el hombre ejecute las opciones que le están vedadas a la mujer. Plantear que las mujeres son en realidad quienes deciden dentro de las familias puede ser un modo de invisibilizar restricciones de su libertad de opción, pero también puede ser un modo de rescatar las personalidades fe-

meninas vigorosas que han logrado imponerse en su voluntad a pesar de las condiciones sociales desfavorables para su género, o de señalar el mandato social de exclusión (y autoexclusión) de los hombres en la esfera doméstica. Este tema remite a la cualidad inductiva de las modalidades vinculares o de interacción entre las personas.

Concebir a la familia exclusivamente como aquella que se reduce al núcleo conyugal e hijos, se vincula a una ideología que la supone afectivamente autosuficiente y que tiende a la ruptura de los vínculos comunitarios. Cuando surgen hechos que desmienten su eficacia simbólica, la mujer suele ser responsabilizada por dichas “fallas”. Así, lo que se mantiene es la consagración de la familia nuclear como paradigma ético.

En los hogares monoparentales de línea femenina, más afectados por los índices de pobreza, las mujeres tienden a quedar recargadas de tareas, constituyéndose a veces en único soporte familiar.

Esta comunicación parte de mi propia experiencia familiar como mujer, de mi trabajo clínico con jóvenes, adultos, familias y parejas así como de diversas instancias de coordinación de grupos, docencia y formación. Pondré la lupa en lo singular más que en la generalidad.

Decisión y género

El reconocimiento de los estilos de decisión familiar brinda valiosos elementos para el análisis de las indicaciones y permite diseñar las estrategias terapéuticas. Uno de los aspectos que nos planteamos ante cada familia es en qué forma y en qué medida el grupo familiar promueve la capacidad de decisión individual de sus integrantes. Nos interrogamos acerca de la capacidad de cada conjunto para articular las necesidades individuales con las colectivas, su competencia para tomar decisiones y “negociar” las diferencias.

El modo de afrontar los obstáculos, malentendidos o dilemas es uno de los ejes que diferencia a las familias con mayor posibilidad de aceptar la alteridad, en las cuales los sujetos pueden ser cocreadores de las decisiones familiares, de aquéllas de menor complejidad.

En las primeras, las decisiones se construyen en el devenir de los intercambios. Esas familias ponen en juego una capacidad vincular que tiende a la complejidad, en sus integrantes existe una tolerancia emocional que les permite trascender las versiones idiosincráticas y acordar en una construcción imaginaria compartida donde cada sujeto obtiene un lugar diferenciado, sin rehuir al malestar que supone el descentramiento propio de la vincularidad. Esas familias constituyen un sostén narcisista para sus integrantes y tienden a una potenciación recíproca de las subjetividades. Asimismo, mantienen las diferencias generacionales, permiten el pasaje a la exogamia y predomina un clima familiar vivido como agradable por sus integrantes. La flexibilidad de estas familias para modificar las decisiones tomadas ante las variaciones contextuales se asienta en una base de diálogo y de trabajo psíquico sobre las paradojas constitutivas de los vínculos, multiplicando las visiones de cada uno sobre la realidad.

Cada familia ofrece la posibilidad de múltiples lecturas. Desde una perspectiva de género, nuestra finalidad es cuestionar y sacudir naturalizaciones de sentido que se repiten en el discurso familiar, favoreciendo la resignificación o la producción de nuevas significaciones. La construcción social de género no tiene un mero carácter de contexto a la luz del cual podemos comprender los vínculos familiares, sino que constituye una dimensión crucial de la vida familiar.

La posibilidad de cada familia de pensarse como tal implica, por parte del terapeuta, la construcción de un espacio y un tiempo común donde se pueda desplegar la demanda, abriendo la escucha a la diversidad y a lo que hay en común. Hacemos un análisis de la demanda procurando hacer más visible y decible lo que produce sufrimiento, desde los límites y posibilidades que marca nuestra propia implicación de género. Las dificultades relacionales referidas a los juegos de poder, la apropiación de los bienes simbólicos producidos por los integrantes de la familia, los malentendidos, etcétera, tienden a reproducirse en la transferencia con el terapeuta, lo que posibilita la vía elaborativa.

Tener presente la construcción social del género en la práctica psicoterapéutica con familias implica una revisión permanente de

las propias capturas sexistas del analista, junto a una visión crítica de las características culturales y psicológicas asignadas a hombres y mujeres. En ciertas perspectivas familiares queda invisibilizada la distribución desigual del poder y se utilizan abordajes adaptativos que pueden patologizar a los que se encuentran en situación de subordinación o sometimiento.

En psicoanálisis de familias, ya sea en tratamientos breves focalizados o en tratamientos más prolongados, apuntamos a interrogar y flexibilizar las adjudicaciones sociales creando nuevas alternativas en las relaciones familiares. Esto suele tener como efecto una actualización de valores tales como la solidaridad y una distribución más equitativa del poder.

No es fácil zafar a los planteamientos dicotómicos femenino-masculino. Ofrecer una mirada sobre el proceso de toma de decisión, rescatando rasgos de la vida cotidiana que suelen pasar inadvertidos, implica un cuestionamiento de la “naturalidad” de ciertas creencias. No existe una condición femenina invariable y universal, independiente de su contexto histórico-social. El sexo no es igual al género. El sexo es producto de la diferenciación biológica, mientras que el género se vincula a los significados que cada sociedad le atribuye a ese hecho biológico como parte de un proceso histórico de construcción social.

Hablar sobre “mujer y decisión” puede arrastrar la idea de una esencia ontológica de “la mujer”. El esencialismo, en tanto concepción ahistórica de la femineidad, está implícito en algunas afirmaciones generales sobre la “naturaleza femenina” que se deslizan fácilmente a enunciados prescriptivos y normativos. Si bien las conductas de las mujeres y de los hombres están culturalmente codificadas, resulta muy cuestionable tomarlas como imperativos morales. Algunos modos personales de apropiarse de un lugar dentro de la familia, por parte de las mujeres, tienen más posibilidades de relativizar el poder de los mandatos sociales restrictivos.

La visión de los géneros como opuestos, donde los hombres son considerados depositarios de la capacidad racional, de la fortaleza y la cultura, y las mujeres de la intuición, afectividad, pasividad, do-

mesticidad y dependencia produce múltiples efectos en las relaciones familiares, al tomar rígidos los roles y fomentando las oposiciones entre los individuos. La visión patriarcal no es monopolio de los hombres, sino que está profundamente arraigada en ambos géneros. Su contrapartida son las concepciones esencialistas idealizadoras de las mujeres. Frecuentemente las mujeres realizan un trabajo invisible de mediación, “cuidando” la fluidez de las relaciones familiares.

En el presente trabajo consideraré los siguientes puntos: la decisión femenina como proceso crítico, el cuestionamiento de la familia tradicional como paradigma ético, el mandato social de “ser para otros” y la decisión en las nuevas modalidades familiares.

A continuación presentaré tres situaciones de la clínica con familias que ilustran el trabajo analítico en torno a una decisión. Los nombres y otros datos identificatorios han sido modificados para resguardar el secreto profesional.

La dictadura de la apariencia

El rápido ascenso económico y algunas sombras del éxito pautan la trayectoria de la familia Pinto, constituida por Marta (32 años), Ricardo (34 años) y una hija (Laura) de nueve años. Durante el proceso analítico familiar, que se inicia a partir de una consulta por problemas de asma de la hija, surgen reiteradamente expresiones de inseguridad y rechazo de Marta hacia su propio cuerpo, junto a la necesidad de decidir si someterse o no a una nueva cirugía estética. Ricardo le dice que el dinero está disponible, y que se trata de una decisión estrictamente personal de Marta. Sin embargo, hace frecuentes alusiones al proceso de envejecimiento de ambos, y exalta la belleza de otras mujeres. Laura expresa su temor de que la madre se opere. Como modalidad relacional noto que Ricardo oscila entre una actitud prescindente e intentos de ejercer poder en forma autoritaria, lo cual resulta ineficaz para romper la coalición formada entre Marta y la hija, que prevalece sobre la alianza conyugal. Marta y Ricardo tienden a socavar su autoridad mutuamente, comunicán-

dose indirectamente, por medio de la hija. A pesar de sus logros profesionales, Marta muestra grandes altibajos en su autoestima que intenta compensar con el consumo compulsivo de objetos y servicios estéticos.

El conflicto de género se expresa en Marta como una modalidad indecisa y una tendencia a asumir toda la responsabilidad por el problema de Laura. El transcurso del tiempo es vivido en una forma pasiva y vacilante. La vida familiar aparece para sus integrantes como carente de dirección, caracterizada por constantes idas y vueltas. Cada vínculo confronta al ser con una falta nunca saturable, el otro nunca podrá recubrir completamente el propio deseo. El consumismo resulta tentador en tanto desmiente la imposibilidad de llenar la carencia de ser.

El dilema estético resulta emblemático de un clima familiar inquietante, donde el envejecimiento aparece unido a la idea de decadencia y soledad, como reflejo de la distancia emocional que los cónyuges experimentan entre sí. La derrota inevitable en la batalla contra el tiempo es negada por un paradigma de éxito que convierte a la familia en pura cáscara. La pretendida autonomía de cada uno parece más bien un individualismo distante. En ese marco, la insatisfacción respecto a la imagen corporal y las crisis de asma se convierten en una frecuente expresión de angustia. Ricardo y Marta recorren sus vivencias frente al deterioro físico de padres y otros familiares con una mirada temerosa y despectiva que a lo largo del proceso terapéutico se va tornando más afectuosa y esperanzada.

En el proceso analítico se interrogan ciertas creencias míticas acerca de la belleza de las mujeres, que cada uno aporta a la situación. Realizo mis intervenciones desde una perspectiva que toma en cuenta la dimensión histórica, política y social de los mitos de la belleza. La presión social para alcanzar la ecuación delgadez = éxito, si bien aparenta afectar más directamente a Marta que a Ricardo, se nutren los mitos colectivos compartidos por ambos sobre la belleza. Por detrás de este dilema está el miedo y las fantasías de abandonar o ser abandonado. En una sociedad que valoriza a las mujeres por su atractivo sexual, el envejecimiento representa además una pérdida de poder.

El cuerpo sirve en esa familia para contener desacuerdos y conflictos (“fealdades”) que no se pueden expresar abiertamente. Recae sobre Marta, en particular, toda una historia de prohibiciones sociales a las mujeres en cuanto a la expresión abierta de la agresividad, que es transmitida a su hija. Se vuelve insostenible seguir simulando una armonía familiar que no es tal, negando la distancia emocional dentro de la pareja conyugal y la dificultad de ubicarse como padres.

En el transcurso del proceso analítico familiar pueden ver cómo cada uno incide en la dinámica familiar y en la toma de decisión sobre la cirugía. Resignifican la enfermedad de Laura así como lo artificioso y efímero del esfuerzo por ajustarse a parámetros estéticos relativos e inalcanzables. Pueden conectar el clima de ahogo familiar con el síntoma de la hija, la indefinición y empobrecimiento del espacio conyugal y de los roles parentales. La decisión de hacer o no otra cirugía se desplaza a decisiones que involucran una ampliación y enriquecimiento de los tiempos compartidos, una posibilidad de definir los límites entre la relación conyugal y la relación filial y una mayor espontaneidad y disfrute en el ámbito familiar. La comunicación entre Ricardo y Marta deja de realizarse en forma predominante mediante la hija. Aumenta la cooperación intrafamiliar. A medida que se amplía la comprensión de la dinámica familiar, los propios integrantes pasan a vislumbrar posibilidades de transformación de las que se tornan agentes.

Un relato a cinco voces

La familia Díaz regresa a nuestro país luego de un largo itinerario trashumante iniciado hace veinte años, en difíciles circunstancias políticas. Resuelven volver asumiendo el riesgo de los desalientos, con la expectativa de retomar algunos lazos familiares y sociales que les permitan ubicarse en un marco cultural que la pareja conyugal siente más próximo a su sensibilidad. Durante todos los años que vivieron en el extranjero se mantuvieron conectados con Uruguay por distintos medios, estableciendo lazos con otros sudamericanos en sus respectivos países de residencia.

El matrimonio constituido por Adriana (41), Guillermo (44) y tres hijos: Pablo (19), Ricardo (18) y Antonio (16) expresan sus ambivalencias sobre la decisión tomada. No parecen tener muy claro por qué se encuentran aquí, qué esperan recuperar. Consultan a partir de dificultades de los hijos, “que dejan todo lo que empiezan por la mitad”.

El tiempo que vivieron en una ciudad del interior de España conserva para los hijos recuerdos muy gratos. La casa quinta donde vivían tenía un jardín extenso que derramaba sus jazmines sobre un terreno deshabitado, donde ellos solían desarrollar la mayor parte de sus juegos. Dichos recuerdos sugerentes de una plácida armonía familiar contrastan con la vivencia de Adriana sobre el mismo periodo: “Fue una época muy dura, Guillermo trabajaba muchas horas. Todo el peso de la casa y los niños recaía sobre mí. Sentía que no tenía derecho ni a enfermarme. En muchos momentos pensé que no lo aguantaría”.

En el espacio analítico familiar comienzan a desplegarse diferentes versiones de la toma de decisión. Por un lado, plantean que fue el padre quien impulsó a los demás a volver “preocupado por esa tristeza o nostalgia de mamá que se le filtraba en cada gesto”. Aluden a los tropiezos y sinsabores en el proceso de trasplante cultural. El hijo menor hace coincidir el inicio de las dificultades familiares con el comienzo del trabajo de la madre fuera del hogar.

La madre tiende a verse a sí misma como desprovista de poder de decisión: “Yo acompaño lo que todos decidan, no tengo problemas para adaptarme”. El hijo mayor, en cambio, considera que es la madre quien, en definitiva, toma las decisiones: “Ella nunca decide nada, pero todos terminamos haciendo lo que ella quiere”.

En los intercambios familiares Adriana tiende a ubicarse en un lugar de dependencia económica y Guillermo en el de proveedor, desvinculado de las ocupaciones y preocupaciones domésticas. Los hijos sienten que deben realizar los sueños frustrados de sus padres, con poco margen para apartarse de los caminos que éstos les proponen.

En el transcurso de las entrevistas y sesiones van surgiendo diversas significaciones del regreso como búsqueda de las propias raíces,

como acto de afirmación de la libertad de elección de la pareja, como intento familiar por tener una visión de primera mano de una realidad distante e idealizada, como ilusión de “dejar, por una vez, de ser extranjeros”. Se va deshilando una trama conyugal que refleja una soledad creciente moldeada entre dos individuos absorbidos por sus respectivas ocupaciones diarias y fantasías, con un país de referencia que ha operado como punto de contacto entre ambos.

Se desarrolla un sutil entramado de relaciones familiares donde afloran las razones y sinrazones para la determinación adoptada. Asoman evocaciones de otras decisiones tomadas impulsivamente, de proyectos truncos, así como indecisiones pasadas, en un torrente de recuerdos que los enfrenta a fuertes ambivalencias entre ellos, de los que se creían exentos. Surgen conexiones entre las actividades frustradas de los hijos y los sueños truncados de los padres. Las adjudicaciones acerca del protagonismo en la toma de decisión comienzan a circular.

A medida que avanzamos en las entrevistas familiares, la incidencia del género se torna menos obvia.

El retorno se fue transformando de un paso riesgoso e incierto a una oportunidad de redefinición individual y familiar. Se avanzó en la vieja aspiración de una equidad doméstica, principalmente en lo que se refiere al contacto con los hijos. Adriana, en particular, se sintió más habilitada para su desarrollo personal, que había postergado largamente.

Contracara de una decisión

Los encuentros y desencuentros de pareja pautan el panorama de una familia monoparental residente en la Ciudad Vieja de Montevideo, integrada por la madre, Sonia (35); la hija mayor, Lorena (14); fruto del primer matrimonio de la madre, y Lucía (7), fruto de su segundo matrimonio. Sonia se divorció de su primer esposo luego de dos años de casada y del segundo al cabo de cinco. El padre de Lorena se volvió a casar, emigró, y tiene escaso contacto con su hija.

El padre de Lucía es alcohólico, sus encuentros con Lucía se han reducido a una mínima expresión.

Consultan a partir de un dilema que se le plantea a la madre. Sonia mantiene una relación amorosa con un hombre hace cuatro años, relación que se inició estando casada con su segundo marido. Cuando aquél toma conocimiento de esta situación, descubierta incidentalmente por Lorena, se desencadenan situaciones de violencia física que culminan en una separación. Sonia continúa su relación con Jorge, sintiendo el rechazo permanente de sus hijas por él. Actualmente este último le plantea su interés de irse a vivir juntos y Sonia siente la necesidad de tomar una decisión cuidadosa, que contemple sus necesidades y las de sus hijas. Es un momento de mucha angustia familiar que marca un momento de cambio, puesto que por primera vez, según dicen, están dispuestas a “ver bien las cosas antes de actuar”. Surge un paralelismo entre los conflictos de pareja descritos por la madre y su relación con Lorena. Los intentos de la madre por mantener cierta autoridad son encubiertos e insuficientes. Lorena intenta asumir un liderazgo autoritario y rígido para modificar la falta de diferenciación generacional y la falta de límites.

La oscilación entre modelos familiares más tradicionales y otros actuales se da en un terreno de gran desorientación. El proceso de revisar una mística femenina que impide a la madre determinar sus necesidades y aspiraciones sin un sentimiento de culpa intolerable, y a las hijas aceptar el derecho de la madre a la autodeterminación individual, son algunos de los ejes en los cuales se trabajó. Al mismo tiempo se revalorizó el papel de la madre como protectora y defensora de la unión con sus hijas. Sonia fue encontrando nuevas fuentes de reconocimiento y gratificación exteriores a sus relaciones de pareja y a la maternidad. Paralelamente se produjo un acercamiento gradual entre Jorge y las hijas de Sonia, quien comenzó a participar, de otra forma, de la vida familiar.

La multiplicación de las visiones sobre la toma de decisión arrojó luz sobre lo que estaba invisibilizado y fue abriendo puertas a las transformaciones.

La decisión femenina como proceso crítico

Preguntarse por el nacimiento de una resolución es concebir un proceso que involucra una toma final de decisión, y tomar una decisión supone una perspectiva temporal en la imaginación que introduce una novedad en una situación de relativa incertidumbre. Supone una visión prospectiva de la realidad, pero no necesariamente involucra poder. El poder está vinculado a los efectos de la decisión tomada por la mujer sobre los otros miembros de la familia. Acciones familiares que confirman las decisiones tomadas son las que corroboran el poder de dicha mujer dentro de su familia. Algunas modalidades vinculares son más cuestionadoras de las estructuraciones sexistas del orden simbólico y de los supuestos tradicionales.

La puesta en acto de una decisión implica una renuncia a otras decisiones posibles. Las decisiones críticas y creativas marcan un corte o ruptura entre lo que las antecede y sus efectos. Por eso, tomar decisiones plantea la necesidad de un pasaje de una temporalidad padecida a una temporalidad conducida. En el análisis de familias, la dirección de la cura tiende a promover la capacidad de decisión por medio de un trabajo de resignificación de lo compartido, lo no compartido y lo incompañable. En la medida que el otro impone límites al propio pensamiento, el trabajo en presencia de los otros significativos, posibilita a cada uno advenir como sujeto deseante. Del reconocimiento y tolerancia de las diferencias deriva la posibilidad de mayor enriquecimiento mutuo en la vida familiar y el fortalecimiento de la familia puede ser un modo de enriquecer la vida de quienes la integran.

Tomar resoluciones es inseparable del tema de la libertad. Ciertas decisiones femeninas desconcertantes para sus familias pueden constituir un esfuerzo de rescate de la libertad individual. La decisión puede ser un momento de síntesis de un proceso deliberativo que incluye una articulación entre diferentes posiciones o bien una resolución marcada por la impulsividad o el sometimiento. La decisión puede ser individual, con repercusiones en otros miembros de la familia, o colectiva.

Poder tornarnos más capaces de deliberación, de voluntad y autonomía no es una mera cuestión femenina sino algo que atañe al conjunto de la sociedad.

La familia ha muerto. Viva la familia

El estudio sobre los orígenes de la desigualdad entre los géneros y los debates sobre la condición femenina promovidos por los movimientos de las mujeres, principalmente a partir del siglo XIX, han producido profundas transformaciones sociales.

Ha cedido la vieja presión social sobre las mujeres de hacer de la procreación el sentido fundamental de sus vidas. La importancia de la procreación se ha desplazado a la crianza y formación de los hijos. Se ha ampliado el poder de las mujeres en la esfera pública y privada. Se ha ido afirmando una mayor sensibilidad y participación en los hechos sociales y políticos. El debilitamiento del modelo patriarcal ha abierto un espacio para relaciones familiares más igualitarias donde la mujer alcanza mayores niveles de decisión.

Sin embargo, pensada a menudo como un refugio para la aridez del mundo exterior, la familia es también un dispositivo de poder patriarcal, que con frecuencia es vivido como fuente de obligaciones u opresiones. Vínculos insatisfactorios se prolongan sin transformarse, se acallan diferencias y desagrados para lograr “esa tremenda armonía que pone viejos los corazones”. Se vive como inexorable el malestar o sufrimiento vincular, sin percibir las decisiones que se eluden tendiendo a congelar la situación. Algunas decisiones familiares conflictivas están relacionadas con las significaciones atribuidas a las modificaciones de los roles sociales.

Basada en lazos establecidos culturalmente, la familia ha adquirido significados y formas muy diversos en las sociedades y en los periodos históricos. Aparece como un rasgo ineludible de normalidad dentro de la condición burguesa, que tiene como pilares el matrimonio monogámico y la propiedad privada. La familia conyugal aislada no es el fruto de la naturaleza humana, sino la expresión de

una distribución de roles entre los géneros que reserva el protagonismo social para los hombres y lo doméstico e íntimo para las mujeres.

Los cambios económicos, tecnológicos y demográficos, especialmente aquellos que se han dado en las últimas tres décadas de nuestro siglo, sacudieron fuertemente las formas tradicionales de la institución familiar. Esto ha favorecido una mayor autonomía de las mujeres en sus vínculos familiares. Sin embargo, estamos lejos de una igualdad efectiva entre los géneros. Como tejido de lazos y tradiciones heredadas, recaen sobre la familia sus principios de disciplinamiento y sus efectos inhibitorios, más allá de los anhelos por librarse de la soledad individual.

Parecería que las nuevas familias pretenden librar a las familias tradicionales de los formalismos vacíos, de la asfixia de sujeción al conjunto. Los lugares de parentesco están determinados culturalmente y existen formas muy variadas de ocuparlos. La familia deviene apenas un marco que enfatiza la relación amorosa que sostiene la conyugalidad, perspectiva del amor romántico que se remonta al siglo XVII. La transformación contemporánea de las visiones tradicionales se expresa en nuevos modos de organización familiar.

Los conflictos y las ambigüedades entre los nuevos y viejos papeles sociales del hombre y la mujer se traducen en nuevas formas de construcción de las subjetividades. Con la expansión de una ideología de consumo, la incorporación de tecnologías de uso individual y los medios masivos de comunicación las familias nucleares privatizadas se han ido aislando socialmente en forma creciente, tendencia al aislamiento que se reproduce entre los propios miembros. Procurar escapar de los conflictos familiares por medio del trabajo o de otras actividades es una reacción frecuente.

Al alejarse cada vez más de los modelos sociales tradicionales, se produce una desintegración de la red familiar que genera nuevas preguntas acerca de la capacidad sustitutiva de las mediaciones institucionales propias de nuestra cultura, alternativas a la familia, en cuanto a la protección social de los individuos. Existe una violencia simbólica que se expresa en considerar las transformaciones históri-

cas de la institución familiar en términos de desvío, de lo desnaturalizado, con relación a las formas ideológicas tradicionales.

Hogares monoparentales, hogares pluripersonales sin pareja conyugal, hogares de personas solas, familias ampliadas y familias ensambladas abren una interrogación acerca de la comunicación y la dimensión afectiva de las nuevas modalidades vinculares en la era de la internet. Con una previsión para el inicio del nuevo siglo de mil millones de usuarios directos, esta red de redes marca una tendencia aleatoria en los vínculos humanos, más independiente de las leyes de parentesco. Con sólo teclear en la computadora, el otro resulta “accesible”. Las nuevas familias se constituyen con más incógnitas e inestabilidad, en el desafío caleidoscópico de la diversidad.

Ser para otros

Mucho se ha hablado acerca de las mujeres que han tomado a sus familias como centro de su realización personal, restringiendo su vida al marco de dicha institución. Va quedando atrás cierta idea de una cotidianeidad anodina vivida por mujeres que no son más que un eco de la voz de su marido, del deseo de sus hijos y de los mandatos sociales. El trabajo no remunerado de las mujeres en sus familias ha sido largamente menospreciado, no solamente por los hombres, sino también por las propias mujeres. La ética femenina del cuidado de los demás y la capacidad de comprometerse afectivamente han sido interpretadas sesgadamente como signo de dependencia o de exceso de preocupación. Por otra parte, la creencia de que las mujeres tenemos más en cuenta a los otros del entorno en nuestras decisiones que los hombres, supuestamente con una orientación más individualista, no ha podido ser demostrada. Ciertas cualidades asociadas a las mujeres tienen que ver con su situación de subordinación en la distribución del poder más que con su “naturaleza”. Tavris (1994) ha señalado ampliamente los riesgos de asociar la autonomía con los hombres y la capacidad de relación con las mujeres, fomentando las delegaciones mutuas y la oposición entre los géneros.

Algunos autores sugieren que las mujeres tendemos a ver más nuestro propio papel en la perpetuación de los problemas que el de los demás. Asimismo, parecería que tendemos a expresar nuestra necesidad de intimidad de un modo más verbal que los hombres.

Actualmente, las mujeres uruguayas tenemos la mayor participación en cargos públicos y políticos de la historia del país, poseemos un menor grado de analfabetismo que los hombres y tenemos una mayor esperanza de vida, según datos del INE (Instituto Nacional de Estadística) y Unicef (Fondo de Naciones Unidas para la Infancia) de Uruguay. Sin embargo, la brecha entre los sexos sigue siendo amplia. Una realidad incierta y sombría afecta aún a numerosas mujeres cuyo día a día sigue siendo la miseria y la violencia en su amplia variedad de formas.

Redefiniendo modalidades vinculares

Las mujeres estamos en el umbral de un laberinto de opciones, de modalidades más complejas de intercambio y nuevas formas de decisión. El reconocimiento de la diferencia y alteridad posibilita nuevas formas de convivencia cogestivas, con un incremento de la responsabilidad individual y colectiva en los procesos de decisión.

Es inherente a las familias cierta tensión entre sus posibilidades transformadoras y su tendencia a la reproducción o consolidación de lo ya instituido por medio de mitos y rituales. Las relaciones familiares no se definen de una vez para siempre, se construyen a lo largo de toda la vida en común. No existe una forma única y adecuada de tomar decisiones, por lo tanto, no proponemos ningún modelo a reproducir. Diferentes estilos personales de toma de decisión pueden resultar satisfactorios.

La familia se ve obligada a rehacerse, a reinventarse, en una nueva apuesta por la intensidad afectiva. La defensa de la familia como lugar de debate, intercambio de ideas y puntos de vista se vincula a la posibilidad de sostener la tensión entre lo singular y lo colectivo. Se requiere una transformación de los lazos familiares que acompañen la renovación de la institución familiar.

Necesitamos rescatar los aspectos más gratificantes de la vida familiar como fuente de realimentación emocional, transformar la imposición en comprensión y respeto por la autonomía individual. Conocer más sobre los lazos que sostenemos con nuestra familia abre la posibilidad de lograr una vida más plena en lo emocional. Poder intercambiar con los otros integrantes de la familia amplía la propia perspectiva ante la toma de una decisión. Necesitamos explorar la riqueza de posibilidades de nuestras vidas con nuestras familias y fuera de ellas. Las mujeres podemos contribuir a despertar y trabajar esas posibilidades por medio de una comunicación más abierta, más libre de convenciones y formas vinculares petrificadas.

Bibliografía

- Informe basado en datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) y el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) de Uruguay recogido en la publicación: INE-Unicef, *Mujeres uruguayas en cifras*. 1997.
- Ricoeur, R. (1950), *Philosophie de la volonté*, París, Aubier.
- Tavris, C. (1994), *La valoración de las mujeres*. Buenos Aires, Planeta.